

La rueda de casino

*... La Rueda aquí es símbolo de relaciones humanas enfrentadas
a un desafío amoroso, hacia la independencia existencial.
Gira en redondo para cerrar el círculo dramático
de los personajes —sobre todo de Yara, alter ego de la autora—
y abrir la paradoja que atrapa al lector.*

JOSÉ PRATS SARIOL

La rueda de casino

Liana Zito

ADVANA VIEJA

La rueda de casino

© Liana Zito

© Reservados todos los derechos de la presente edición a favor de:
Aduana Vieja Editorial, Valencia, Noviembre de 2020.

ISBN: 978-84-121290-5-2

© Cubierta: “Artistic work of painting representing salsa and bachata dancing croud night entertainment” by Attila Barabas. 123RF Stock Photo.

ADUANA VIEJA EDITORIAL
www.aduanavieja.com

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido el escaneo a soporte digital, así como la indexación temática del texto mediante sistemas de reconocimiento óptico de caracteres, para su uso, préstamo o almacenamiento en redes informáticas o bases de datos, públicas o privadas, independientemente de su fin, salvo autorización por escrito de la editorial.

Impreso en España por Publiberia.
Printed in Spain by Publiberia.

Índice

Los estudiantes.....	9
Canalículos.....	34
El Ministerio	40
Verano	44
Última noche.....	49
El tren.....	54
Llegada.....	66
El pueblo sin nombre	70
Busca novio.....	76
Montaña	85
Policlínico	91
La carne.....	96
Pista.....	98
Contrabando.....	101
Despido	106
Partida	110
Visita	113
Brisa	126

Neuropatía.....	134
Accidente	141
Lluvia	147
Desangrada.....	155
El túnel	162
El Lada ruso	165
La Habana desmaquillada	176
La búsqueda	181
Cementerio	190
El bate	196
Zapatos cómodos	200
Se permuta	208
Bailando	214
El piano	220
La bebita.....	225
Amarrados.....	230
La boda.....	235
La sobrina de Carmita.....	240
Fertilidad.....	244
La carta.....	249
Preludio	255
Los leones	259

Los estudiantes

El día de su boda Renata se negó a ponerse el collar de perlas que lució su madre en la boda con su padre y lleva el cuello desnudo hasta el escote, pero aun así se parece a ella. Heredó los labios carnosos, la redondez de las curvas y hasta la voz quebrada y ronca, aunque insista en disfrazarla sacándola por la nariz cuando alguien se lo hace notar.

A esas alturas ya debía haberse cambiado. Era la costumbre. Despojarse del vestido blanco después de la ceremonia y meterse dentro de uno menos hermoso, más ligero y adecuado para bailar toda la noche y mezclarse con los invitados. Dos hebras de sudor le bajan desde la nuca hasta el seno de encaje. Los rizos se le escapan del moño rebelde y Yara le ayuda a acomodarlos con la peineta de mariposas nacaradas que apenas alcanza a sostenerle el pelo detrás de la oreja.

La cola del vestido, bordada de satín y tul, se le enreda entre los pies y Yara levanta los tacones balanceándose con salticos corvos, evitando pisarla. La cola, larguísima, ya va algo dañada, salpicada por un poco de mugre y pedacitos de hojas muertas que se engancharon en el camino del Palacio de los Matrimonios a la fiesta. Fue por culpa de las primas gemelas, que encomendadas a esa tarea la agarraron en la caravana, hasta que alborotadas se desparramaron con la primera llovizna y la soltaron en el medio de la calle.

A las once de la noche la fiesta estaba en su punto. A esa hora la cerveza y el ponche comenzaban a rendir sus efectos

soltándole las bisagras a las cinturas, y hasta aquel que declaró no bailar marcaba un pasillo hípico e izquierdo, saliendo de detrás de las columnas, sin importarle que lo vieran.

Era una de esas noches en que, un aguacero demasiado tímido le arrancó todo el vapor al asfalto, colándolo sin pedir permiso por los ventanales abiertos de par en par, levantando un calor de esos que no logras mitigar con nada, te obliga a enroscarte el pelo bien alto, despojarte de la estola o la corbata y toda la ropa que sobra y que añadiste con mucho cálculo delante del espejo para ir a la boda.

En el centro del salón un enjambre de bailadores se une a la rueda de casino que se ha ido formando. Las caderas se agitan desbordando el entalle de las minifaldas. Los muslos vapulean sudorosos, espesando el aire al ritmo de un son que improvisa la orquesta, después de darle la segunda ronda al repertorio, derrochando sabor a caña y caramelo por las bocas empinadas de las trompetas. El bongosero patea el taburete, se empina, entona: *quimbara quimbara quima quimbambá* en un solo que le arranca chispas al instrumento y el sombrero vuela por el aire encuerándole la calva.

Le han pedido a José Antonio que dirija la rueda. Era algo que le tocaba siempre, si es que se metía a bailar en una. Lo hace marcando el paso a tiempo, alzando la mano con naturalidad de casinero consagrado. Repite los comandos dos veces, al estilo del Oso.

Lleva un rato medio distraído. Se confunde cantando lo que no es y la rueda se trastoca. Los bailadores no le quitan los ojos de encima, le leen los labios, intentan descifrar qué sigue. Las parejas chocan entre sí perdiendo el equilibrio y se pisan los pies. Algunas chicas que se han quitado los tacones y bailan descalzas, protestan.

José Antonio canta el pasillo “¡Al medio!” y se vuelve a encontrar al lado de Valentín, que tampoco parece escu-

charle esta vez, cuando insiste en preguntarle quién es ella, junto a la ventana, la muchacha que conversa animada con la novia. Compadre, la muñequita del vestido rojo...

Valentín agarra una cintura y luego otra. “¡Enchufa!”, “¡Dile que no!”. Una chica se desliza bajo el brazo, rebotando en el próximo enlace. “¡Enchufa!”, “¡Doble!”. Lleva la sonrisa pintada en el rostro, la baba cayéndose a la visión de su novia, iluminada por un triángulo de luna que le aterriza directo en el vestido blanco. ¿Y qué es lo que quiere José Antonio..., a quién se le ocurre hablar en una rueda de casino, compadre?

Una pausa de la orquesta invita a los indecisos y a los espectadores, que alternan con remeneo los chismes, los tragos y las empolvaduras, a incorporarse al baile.

Renata se adelanta, arrastrando la punta del vestido en una mano y a la amiga en la otra. Yara se resiste, con un ademán rígido del codo incrustado en el canto de madera oscura.

—Ya no más Rena, a ver si se me enfría el cuerpo. Además, mira lo tarde que es —le dice consultando el reloj de pulsera.

—¿Pero cómo? Mañana es domingo y ni siquiera estás de guardia... A ver, ¿cómo te vas a ir tan pronto? —Renata le tira suavemente del brazo, las cejas engurruñadas, la boca en un puchero—. Anda chica, vamos a bailar un ratico más. Dale, aprovecha a los amigos de Valentín..., además acuérdate, esta es mi primera y última boda.

—Bueno está bien, solo una canción..., por ti.

El acople circular las envuelve. Se deja llevar.

José Antonio canta los pasillos precisos que la traen hasta él. La ve deslizarse de pareja en pareja en el engranaje de la rueda. “¡Entrega!”, “¡Entrega!”, “¡Entrega!”. El torbellino

rojo que envuelve su cintura la acerca, la ve venir.

Será solo un instante, un segundo breve antes de enlazar a la próxima pareja, para hablarle. La voz se le quiebra un poco cuando ya casi la tiene delante y un mechón café del pelo de ella le abanica el cuello. La ciñe por la cintura.

La camisa blanca se le pega entre las escápulas, empapada. No le agrada sentirse como un novato y tener que abor-darla apurado, sin presentaciones; pero es él quien comanda la rueda y solo habría que repetir los “¡Arriba!”, “¡Arriba!”, “¡Abajo!”, “¡Abajo!”, “¡Arriba!”... Repetir, repetir, repetir, monótonos repetir; abusar del privilegio. La retiene.

Agacha la cabeza y se le acerca al oído. Intenta calibrar el volumen, que le parece un susurro aunque en realidad, grita. Ahora ha de competir con las trompetas, que andan empinadas en el estribillo.

Se humedece los labios. Carraspea.

—Llevo, hum, llevo toda la noche tratando de conocerte. Soy José Antonio..., José Antonio Olivar.

—¿A mí...?

Alguien chifla y lo abuchean.

No alcanza a oír la respuesta de ella, cuando unos brazos se la arrebatan. Otro ha tomado la iniciativa de suplantar al director entretenido y ahora canta la rueda, que reencuentra la sincronía, se tuerce ruidosa, como una lavadora recién prendida. La chica gira lejos. Suenan las palmadas.

“¡Bótala!”, “¡Al medio!”, “¡Paséala pa’rriba!”. Valentín: “¡Enchufa!”; Marcos: “¡Vacila!”, luego la agarra Ernesto..., José Antonio... ¿Y quién será este José Antonio?

Se aleja. Se acerca. Oscila en el vaivén.

Librado de la faena de dirigir la rueda, José Antonio se abandona. El pecho se hunde aligerado; la pelvis se engancha en repiques que dictan las claves. El ritmo le goza. La falda roja se le antoja un marpacífico revuelto.

Otros brazos la estrechan, baila. Sólo cabe esperar tenerla cerca.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Yara.

—¿Amiga de la novia, ya veo?

—Sí, la mejor.

Él lleva en el rostro la sombra de la afeitada y un corte de pelo bien bajito que delata el esbozo de entradas surcándole las sienes. Los brazos robustos le sirven de eje, como ceibas antiguas con nervaduras azulosas, palpitantes, que adornan la lisura de su piel morena. Ella le responde sin mucho entusiasmo, cuando cantan el pasillo de baile en que han de hundir las cabezas bajo una atadura elástica que forman los brazos de los dos. Decididos se sumergen, enredados como pulpos. Es entonces que en un instante, achacado a la torpeza, la oscuridad, la descoordinación, el filo incierto de los tacones, la incipiente barba de José Antonio le raspa el borde de la mejilla.

El roce es una lija de grano fino, y ella siente un hervor incómodo agolparse en la garganta con el contacto áspero. Era un roce desconocido, profundamente viril, desprovisto de afectaciones químicas. Aquella mejilla era diferente a la mejilla de Fernando, que era tibia y blanda, perfumada, como un niño.

La proximidad de aquel hombre en sus cuatro esquinas le desconcertó. La inesperada inquietud que despertó su cercanía de hombre hecho, una proximidad a la que precisamente ahora no se habría creído vulnerable. Se puso alerta. Pues en los segundos que alcanza una mirada, un roce apenas, ella podía saber. Saber de inmediato. Como lo supo con Fernando siempre. El poder que tenía sobre ella, sobre su voluntad, sobre sus no. Estudiaba sus propias reacciones como a un conejo albino del laboratorio, diagnosticando las aristas de su debilidad, disecándola con

severidad científica. Lo había estado haciendo desde que dio aquel paso, ahora que comenzaba a maravillarse del estado de sus propias resoluciones. No, no estaba como para permitirse algo así.

Sintió rabia de aquel roce, pero sobre todo sintió rabia de su aturdimiento. Se culpó y culpó a la mejilla morena; la rabia le hizo escapar de la rueda. La rueda, hidra solapada, que desencaja y colectiviza.

Él la siguió con ojos anhelantes, deglutido por la turba atorada, pungente, poseída en su movimiento.

—Ahora sí que me voy, Rena, ya casi es medianoche y pronto no pasará ni una guagua, ¿te imaginas?

—Te llevo para la luna de miel, bobita.

Renata ríe y la aprieta contra el pecho. Desde la rueda, Valentín abre los brazos a su mujer y le hace señas, con un gancho del dedo.

—Oye Rena, ¿y quién es ese tal José Antonio que se me encarnó toda la rueda? ¿Y a quién se le ocurre ponerse a hablar en una rueda de casino?

—Ahhh, José Toniiiiito... —lo dice arrastrando las letras—, amiguísimo de Valentín, desde chiquitos. Ah..., ahí hay un historión. Otro día te contaré con calma. Tremendo filtrazo, ¡pero castigadorrr! Tenía a toda La Cujae detrás de él. ¿No me digas que caíste?

—¿Yo... caer? Nada de eso, no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo, Yara? Mijita animate un poco, si no vas a quedarte para vestir santo. ¿O será queee... extrañaamos a Fernando?

—Tú sabes que no. Fernando y yo terminamos..., y ahora sí es definitivo.

—Síííí, ya me imagino... definitiiivo. Qué va, te voy a dejar ir, porque el día de mi boda no voy a escuchar una palabra más de Fernando, por algo no lo invitamos.

Renata se da la vuelta modelando el vaporoso traje de organza, sólo para la amiga. Ondula la cola del vestido en un torbellino suave. La abraza. El pelo castaño de ella huele a menta y se le cuelga en la boca y le nubla los ojos cuando la retiene un poco contra el pecho, sin querer dejarla ir.

Yara se siente a gusto entre la espuma blanca de novia y se abandona por un instante. Los ojos cerrados contra la mejilla cálida de Renata.

La madrugada develó una brisa breve que le refresca el cuello, rebajándole el tinte al rubor. Yara apresura el paso. El martilleo de las puyas marca solitario los segundos en el boulevard infinito. El clic metálico sobre el pavimento tiene el clamor que hacen las chapas recién clavadas. Avanza sobre un espejo de mármol empapado. Su imagen menuda de chica de rojo, entaconada y sin sombrilla parece deslizarse sobrevolando los edificios de principios de siglo, herencia de una Habana elegante y majestuosa, que se perfilan inclinados, fantasmagóricos, sobre la lluvia fina en los rombos de mármol azul naranja.

Decidió atravesar por el mismo medio del Paseo del Prado. Le pareció lo más prudente. Aunque no alcanza a ver a nadie, no está acostumbrada a deambular sola y el corazón se le agolpa como un puño apretado entre las costillas. Le agrada la presencia de los enormes leones de bronce del Paseo custodiando su paso, y como cuando era niña y su padre la traía los domingos a correr en zigzag entre los ocho melenudos, imagina convocarlos en su defensa si algún vagabundo apareciera a importunarle.

A ambos lados del Paseo, la calle está desierta. No hay automóviles a la vista. Tampoco guaguas. A esa hora pasaban muy pocas. La crisis innumerable había convertido